

AL-NAQĀ'

CUADERNOS

DE

HISTORIA



Plataforma Académica benerososantos.es

Número 0

AL-NAQĀ'

Número 0-Año 2024

SUMARIO

LA LÍNEA DE LA CONCEPCIÓN: UNA CIUDAD BAJO DOS CORONAS

José Beneroso Santos

Doctor en Historia

benerososantos.es

La Línea de la Concepción: Una ciudad bajo dos Coronas¹

Beneroso Santos, J. (2020). «La Línea de la Concepción: Una ciudad bajo dos Coronas». *Revista El Cultural de La Línea*, (7), (Suplemento-diciembre), págs. 1-17.

Suele llamar la atención que con frecuencia en el escudo de la ciudad de La Línea de la Concepción aparezcan dos coronas sobrepuestas, que la Heráldica describe como «*en jefe una corona real cerrada por diademas. Al timbre, corona real de la misma clase*». Nada aclara sobre su interpretación, más allá de una posible alusión a los Borbones. Pero lejos de esta simple y sencilla explicación es probable que exista otra que encierra un significado simbólico y más oculto. Pero dejemos por el momento estas especulaciones.

Una vez que la plaza de Gibraltar queda en poder de los británicos, recordemos que fue ocupada en nombre del aspirante al trono español de la Casa de Austria, el archiduque Carlos, y que, según cuenta la tradición

¹ Este artículo apareció publicado por primera vez en un suplemento de la *Revista El Cultural de La Línea* (nº 7) en de 2020.

popular, mediante un ardid del almirante Rooke fue izada la bandera del imperio británico—algo que hoy sabemos que no ocurrió o al menos no debe interpretarse así lo sucedido—; y después de perdidas todas las esperanzas de regresar al Peñón, la población que se había visto obligada a marchar en agosto de 1704 comienza a instalarse en torno a tres núcleos, que darán lugar a las poblaciones de San Roque, Los Barrios y Algeciras.



Portada de la Revista *El Cultural de La Línea*

Pronto tuvieron los británicos necesidad de mano de obra para el funcionamiento del recién conquistado enclave e inician su repoblación. Comienzan a llegar personas de los alrededores atraídas por una previsible mejora en sus modos de vida. El tratado de Utrecht, en cierto modo, corrobora esa necesidad e indirectamente «obliga» a utilizar de forma preferente mano de obra española. No obstante, las ordenanzas dictadas por las autoridades británicas en 1720 prohibían el establecimiento de estas personas dentro de la plaza, hasta ese momento permitido, aunque muy restringido y controlado por las autoridades británicas, ante la gran afluencia de personas. Sin embargo, sí seguían extendiendo permisos de trabajo casi sin ningún tipo de limitación. Ya con anterioridad había comenzado a asentarse parte de estos trabajadores en las afueras de las murallas de la ciudad, en los alrededores de la torre del Molino y junto a un punto de aguada y un varadero existentes en lo que luego, tras su ocupación posterior a la firma de Utrecht (1713) y el avance y ocupación británica de esta zona, sería conocido como Pradera del Gobernador (en los alrededores de la actual pista de aterrizaje y el aparcamiento Santa Bárbara). Aquí quedaría un cuerpo de guardia británico y hasta aquí se acercaban muchos españoles con provisiones y otras cosas para cubrir las necesidades de la plaza, acción permitida, tal como aparecía recogida en el citado tratado. Posteriormente estos españoles fueron obligados a desalojar el lugar como consecuencia de la reanudación de las hostilidades en 1727 y a permanecer, primero, por orden expresa del conde de las Torres, tras las dunas existentes todavía, posiblemente como consecuencia de la cava realizada por Alfonso XI en 1333, además de por efectos naturales, y en torno a El Espigón, al inicio del camino de la Pedrera, uno de los campamentos instalados por el marqués de Villadarias, y segundo, un vez construida la línea de contravalación, tras ésta, y ya de forma

definitiva. Fueron asentamientos muy precarios, con chozos y barracas de madera, pozos, «vacies» y pequeños huertos.

Por lo tanto, a tenor de lo expuesto y dado que al Peñón empieza a llegar también gente de otras nacionalidades, como genoveses (que ya contaban desde época española con una importante colonia allí), malteses o portugueses, y dentro del proyecto británico de repoblación de la plaza de Gibraltar que impide el establecimiento de estos en su interior, se hace necesaria la creación de un nuevo núcleo poblacional, un asentamiento estable en la zona del istmo a modo de arrabal, como una parte más de la ciudad de Gibraltar, que daría lugar, pasado un tiempo, a lo que sería La Línea. Pero no adelantemos acontecimientos.

Bien, corría 1730 cuando se da comienzo a las obras de construcción de una línea de contravalación en el istmo diseñadas por Jorge Próspero Verboom, y que fueron materializadas por su hijo Isidro hasta su muerte (cuestión que es todavía materia de estudio), en un episodio más de los movimientos táctico-militares que se venían desarrollando con la intención de recuperar la plaza. Esta línea de defensa, que se ejecutará durante cinco años, fijará aún más la ya existente separación física de la plaza con el resto de la ciudad de Gibraltar, es decir, con su término, y al mismo tiempo atraerá más población civil, que es reclamada para cubrir las necesidades logísticas de las tropas de asedio. Una población que, junto a la replegada, antes referida, quedará establecida en las inmediaciones de las instalaciones militares que van surgiendo como consecuencia de las obras realizadas. Es a partir de este momento, y así debe ser aceptado, cuando a todos los efectos se conforma una savia social que nutrirá una nueva población.

Pasados unos años, y una vez finalizado el Gran Asedio (1779-1783), pero sobre todo después de la batalla de Trafalgar y de efectuarse una alianza hispano-británica frente a la Francia de Napoleón, se asiste en Gibraltar a un período de una bonanza económica hasta ese momento desconocida en la ciudad. Una ciudad que se vio muy favorecida por el bloqueo continental que impedía a los británicos toda actividad mercantil con el resto de Europa, al convertirse su puerto en la única puerta de entrada y salida de productos para Gran Bretaña. Un lugar en el que se procedía al trasvase de mercancías de barcos con pabellón inglés al de otras nacionalidades para poder comerciar con otros puertos, y así esquivar el bloqueo.

Como consecuencia directa de esto, se produce un incremento importante de la guarnición militar y una frenética actividad portuaria que requiere más mano de obra. Es el momento en el que a los trabajadores españoles se unen portugueses, genoveses, piamonteses, calabreses, o malteses, en su mayoría tripulantes de embarcaciones que arriban a la ciudad, y que deciden establecerse, encontrando estos mayores facilidades que los españoles para quedar instalados dentro de la ciudad. No tardará mucho en llegar a su puerto el primer barco de vapor, lo que obliga a la instalación de un punto de abastecimiento de carbón, demandando aún más mano de obra. Las principales navieras comienzan a establecerse y fijar escala obligada en Gibraltar. Aparecen los primeros monopolios familiares en torno a estas actividades y acuden, en particular entre los años 1793 y 1814, atraídos por las posibilidades de enriquecerse engendradas, un importante número de empresarios y comerciantes que veían la oportunidad de hacer negocio rápido y ganar dinero de forma

fácil, dando lugar a una importante y ambiciosa burguesía local. Gibraltar se convierte en uno de los principales motores económicos de Reino Unido.

Otro hecho va a marcar el desarrollo de los acontecimientos en estos años: la demolición forzada por los británicos, y argumentada por razones tácticas y militares, de la línea de contravalación de Gibraltar y todas sus fortificaciones a principios de 1810, que vino a favorecer el intercambio y la fluidez entre Gibraltar y la población generada tras los muros defensivos, entre otras razones porque, en cierto modo, este enclave pierde en gran parte ese valor militar que antes representaba.

Fue una acción extremadamente sopesada y calculada desde Gibraltar, que marcará un antes y un después en las relaciones hispano-británicas, ya que permitirá no solo que se consoliden los asentamientos poblaciones existentes (El Espigón, La Atunara, La Pedrera...), argumentándose razones de seguridad militar y sanitaria (prevención en la posible proliferación de epidemias), sino que también aumenten exponencialmente, porque seguiría en vigor la prohibición del establecimiento de españoles en el interior de la plaza, propiciando al mismo tiempo la utilización indirecta por parte de los británicos de un territorio que no había sido cedido en Utrecht.

Por lo tanto, se puede afirmar que la génesis de esta incipiente población española reside en la necesidad de los británicos de mano de obra surgida para atender la frenética actividad portuaria de Gibraltar que se produce en los primeros años del siglo XIX. Una ciudad, joven, de servicio, creada ex profeso para albergar una mano de obra imprescindible para cubrir una necesidad y garantizar el funcionamiento de Gibraltar, y que muestra desde sus inicios una total y absoluta dependencia de los británicos. Una dependencia que generó en los «gibraltareños» británicos

desde un primer momento unos sentimientos de superioridad y de dominio que todavía son visibles..., y efectivos. También se producen unos sentimientos xenófobos por parte de las guarniciones militares británicas hacia los inmigrantes españoles, en particular por su condición de católicos. Esto tan sólo fue superado a finales del XIX con la aceptación de otras comunidades religiosas como judíos e hindúes. Los censos se solían realizar en Gibraltar haciendo distinción de la nacionalidad y confesión religiosa de la población, algo que es allí a menudo silenciado y ocultado.

No obstante, se debe considerar como artífice de esta iniciativa poblacional al duque de Kent, que fue gobernador de Gibraltar, primero directamente y luego mediante otro gobernador, George Don (1814-1831), organizando la repoblación de la base, incluyendo el nuevo «barrio» surgido, y dotándola de los servicios más esenciales, entre ellos el acondicionamiento de los accesos terrestres a través del istmo que facilitaba la conexión con el citado «barrio», y donde ya los hacendados gibraltareños comienzan a adquirir propiedades.

Por otro lado, la instalación de un tribunal del Vicealmirantazgo (es decir, un tribunal de premios o de presas, *prize court*), permitió en otro ámbito el crecimiento económico de la ciudad generado por la práctica corsaria, actividad presente ya en la ciudad desde la ocupación británica y que consecuentemente ha dado lugar al tópico tan recurrido de, «Gibraltar, nido de piratas». Un gran número de embarcaciones que transitaban por las costas peninsulares eran abordadas, apresadas y trasladadas a los muelles de Gibraltar, donde el botín obtenido era subastado y vendido con avidez, originando grandes fortunas en poco tiempo. Eran prácticas corsarias que proporcionaron un gran beneficio a la ciudad, convirtiéndose en una de sus principales fuentes de ingresos, si

no en la mayor, dando origen a una clase alta gibraltareña. Muchas de las más grandes fortunas locales actuales tienen sus raíces aquí.

Junto a la actividad portuaria, el negocio del tabaco (también el del alcohol), en todas sus versiones, lícitas e ilícitas, se erige a mediados del siglo XIX en otro de los motores económicos de Gibraltar. La principal mano de obra utilizada para la manufacturación de tabaco era femenina e infantil, y mayoritariamente española. Al olor de este fructífero negocio acuden contrabandistas, los más, y bandoleros, los menos, de toda la Serranía de Ronda principalmente, que reciben todo tipo de facilidades para realizar tan suculento negocio por parte de reconocidos empresarios gibraltareños como los Russo, Povedano, Pinela, Vásquez... que aparecían, cuando se tiraba del hilo, al final, formando parte de la madeja. También comienzan a llegar a Gibraltar buscando refugio disidentes políticos españoles (tanto liberales como absolutistas tuvieron con frecuencia sus particulares encuentros aquí), como el general Torrijos, que entra en contacto con la masonería local. De hecho, en su fusilamiento le acompañan varios masones gibraltareños.

La masonería había alcanzado una gran relevancia en Gibraltar, y desde aquí irradiaría hacia distintas poblaciones de la zona (ninguna población del arco de la bahía estuvo ajena a este fenómeno), en particular hacia La Línea, donde jugará un destacado papel en su proceso de segregación. Cobra particular relevancia la Logia de *San Juan*, que había sido constituida en Escocia en 1767 por militares integrantes de un batallón que, posteriormente, fue trasladado a Gibraltar, donde empezó a operar en 1772 con el nombre de *San Juan n°115*. Una logia considerada a todos los efectos como española, ya que durante la primera mitad del siglo XIX adoptó, de forma definitiva, el mismo ritual utilizado por las

logias en España y celebraba sus tenidas en español. Muchos de los masones españoles fueron iniciados en esta.

Gibraltar crece durante estos años a un ritmo vertiginoso y ni siquiera las epidemias que la azotan a principios de este siglo impiden un importante crecimiento demográfico. Pernoctar en La Línea para al día siguiente acudir a trabajar al Peñón se fue convirtiendo en algo muy común. Pronto, los mismos empresarios gibraltareños que daban trabajo, construyeron viviendas, los patios linenses, pasando a ser patrones y caseros de sus asalariados, con lo que se aseguraban aún más la mano de obra, estrechando el círculo social y dejando pocos resquicios de libertad de movimientos a los obreros. Muchos se vieron aún más sometidos, sufriendo así una presión añadida.

Los patios, que en este aspecto imitaban a las antiguas posadas, aparecían organizados en habitáculos muy humildes, los conocidos «cuarto y cocina», siendo los retretes de uso comunitario. Todas las dependencias quedaban distribuidas alrededor de un patio central, a modo de salón común de todos los vecinos y sala de juego para los chiquillos, en el que se desarrollaba gran parte de la vida y en el que se encontraba el pozo, las letrinas y la zona para tender y orear las ropas. La solidaridad, la tolerancia, la ayuda *per se* pero sobre todo la complicidad anímica fueron la seña de identidad de estas pequeñas comunidades que afrontaban las vicisitudes de la vida como una gran familia y que tanta impronta ha dejado en la ciudad, como todavía se puede apreciar y es reconocida y hasta cierto punto envidiada por otras poblaciones cercanas.

Es manifiesto que en La Línea, conforme avanza el siglo XIX, existirán muchos intereses británicos en las manos de personalidades de origen español, italiano, maltés o portugués, algunos de confesión judía, como los Saccone, Recagno, Galuzo, Levy, Parral, Negrotto, Imossi,

Francia, Patron, Fava, Serruya, Russi, Larios, Garesse, Parody, Serfaty, Cortés, Russo, Viñales..., son los que en muchos casos ejercen al mismo tiempo de patrones y caseros, y los que van acaparando las mejores fincas. De este modo, una incipiente oligarquía de empresarios y comerciantes gibraltareños, los más numerosos, y españoles, surge a caballo entre las dos poblaciones, o en lo que todavía puede ser considerado dos barrios de una misma población, así los distingue, cuando hace referencia al de Gibraltar en relación a unas baterías, el cronista de la ciudad linense a finales del siglo XIX, Lutgardo López en su obra *Guía de Gibraltar y su campo*: « [...]la batería del Molino y la del Empedrado; de la que la primera solo distaba del barrio inglés unas cien yardas». Una oligarquía acaudalada y con altas aspiraciones que, ya en 1823, solicitaba la construcción de una plaza de toros, recordemos, en lo que era oficialmente una pedanía de San Roque.

A mediados del XIX, ya la consolidación de este barrio, de este antiguo cantón militar como era considerado, que políticamente dependía de San Roque, pero que en lo anímico y en lo económico dependía de los británicos, es una realidad, mostrando una marcada identidad propia, por supuesto española, aunque presenta en algunos aspectos cierta influencia británica.

En septiembre de 1868 Prim llega a Gibraltar y de ahí marcha a Cádiz, donde se subleva junto a Topete. Se vive en el país una situación socio-política bastante agitada. La creación de Juntas revolucionarias, que en Andalucía fueron particularmente más radicales, creó un generalizado ambiente de alarma del que Gibraltar no permaneció ajeno, ya que incluso en la provincia de Cádiz se llegó a declarar el estado de guerra. Ante este escenario tan convulso, se acentúa entre los linenses un deseo de cortar lazos de dependencia con San Roque.

El proceso de segregación no fue fácil ni tampoco rápido. La oligarquía empresarial linense encontró un gran apoyo en el algecireño José González de la Vega, destacado miembro del partido liberal, que era vicepresidente de la Diputación provincial (y más tarde, en septiembre de 1870, presidente) y con la cobertura económica del empresariado gibraltareño preocupado por sus fuertes intereses en la zona.

González de la Vega era un hombre muy conocido en Gibraltar, dónde ya se había refugiado en 1844 por ser partidario del exregente general Baldomero Espartero, entrando en contacto con la masonería local, que le apoyaría en el proceso iniciado de segregación. Igualmente contaba con el apoyo del gobernador de Gibraltar Richard Airey. Así, desde esta posición, y valiéndose de su amistad, y de varios compromisos adquiridos, logró del general Juan Prim, en aquel momento ministro de Guerra, la ansiada segregación linense, no sin una fuerte oposición sanroqueña que veía peligrar ciertos privilegios que le concedía el ser el núcleo linense una pedanía.

Aunque no ha sido estudiado en profundidad, la masonería intervino de forma importante en el proceso de segregación. Sabemos del papel jugado por la logia de *San Juan*, y de la vinculación que González de la Vega (simbólico Roncero) tenía tanto con esta como con la logia *Estrella Calpe*, en la que finalmente ingresó en 1874, y también la de otro miembro de su familia, José González Roncero, iniciado en una logia gibraltareña y venerable de la logia Roncero 224 de Los Barrios, persona próxima a Mateo Sagasta, quien también facilitó los primeros pasos de la joven población linense. Por lo tanto, la vinculación entre masones gibraltareños y españoles y a su vez con la política española era en esos años, luego también lo sería, muy estrecha.



Banquete de confraternidad masónica. Logia Floridablanca

Es interesante señalar, antes de continuar, que al poco tiempo, y con el cambio de siglo, aparecen en La Línea junto a la masonería otras organizaciones como *Odd Fellows* (IOOF) y *Rotery*, ambas de carácter mutualista y asistencial, a menudo confundidas e identificadas con las logias masónicas. En el caso de la primera, alcanza una gran relevancia en el desarrollo de sus actividades una sociedad con el nombre de *La Aurora Lodge n°8070*, inscrita en el distrito Calpense, que participa en la vida socio-económica y política linense desde finales del siglo XIX y sobre todo en el primer tercio del XX. Es sin duda la más importante de todas las sociedades de este tipo, y la que contó con más miembros, perteneciendo a esta prácticamente toda la clase política linense. Miembros destacados de esta logia fueron hombres de familias muy vinculadas con Gibraltar y con una desahogada posición económica, como los Baglietto, Fava, Garesse, Pitaluga...Esta sociedad aparecía con fines recreativos y

benéficos, y contó con una gran popularidad. Así, en La Línea, a la tradicional acacia masónica se uniría el álamo de los *Odd fellows*, a veces relacionado con la juventud, la abundancia y la prosperidad y otras con la resurrección, nombre que curiosamente daría lugar a la logia masónica más importante de toda la zona, *Resurrección 329/3*, creada en La Línea en 1911.

Entre los argumentos que se exponían para la segregación aparecía el de poseer la pedanía de La Línea los recursos necesarios, y suficientes, para no depender de San Roque, de la que hasta ese momento poca ayuda y beneficio había recibido, sintiéndose así abandonada; por el contrario, era gravada con fuertes impuestos que absorbían sus recursos. Además de poseer una población suficiente y contar con los recursos necesarios (mercado, huertos, pedreras, caleras, tejares, barcas para la pesca, hornos..., muchos, por cierto, en manos de gibraltareños) que le permitían segregarse, y tener también la posibilidad de edificar y reparar las edificaciones que hasta 1862 habían estado prohibidas. A esto San Roque respondía señalando que La Línea era ante todo un enclave militar por su gran valor estratégico, y que basaba su prosperidad en una fuerte dependencia de la colonia inglesa (no faltándole del todo la razón), y en donde los intereses británicos eran bastante visibles.

Pero sin duda, el hombre que tendría, si cabe, un mayor protagonismo en el reconocimiento de la incipiente ciudad sería Lutgardo López Muñoz, que acompañando al citado González de la Vega gestionó todo el proceso. Contó para el proyecto con la inestimable ayuda de destacadas personalidades locales, como los hermanos Ramírez Galuzo, en particular Luis, y los hermanos Herrera, con el incondicional apoyo de una considerable población joven, en gran parte recién vecindada, entusiasmada y emprendedora. Tanto la figura de Lutgardo López como

de Luis Ramírez han quedado perpetuada en la memoria colectiva de La Línea.

Luis Ramírez era un importante empresario local con importantes intereses en Gibraltar. Contaría años después, en 1921, entre sus posesiones con varias bodegas, fábricas y otros negocios, algunos en Gibraltar, siendo copropietario a su vez, junto a su hermano Luis José, de la plaza de toros, inaugurada en 1883, y accionista de la empresa *La Concepción*, que explota el alumbrado eléctrico de la ciudad desde 1896. Era tanta su vinculación con los británicos que en 1921 fue nombrado miembro de la Orden del Imperio Británico por Jorge V, a propuesta del gobernador de Gibraltar, Horace Smith-Dorrien, al parecer por los servicios prestados durante la Primera Guerra Mundial, lo cual puede resultar bastante significativo para entender la génesis y el desarrollo de la ciudad de La Línea y la percepción que se tuvo en Gibraltar de todo el proceso.

La Línea finalmente conseguirá la segregación de San Roque en 1870, quizá favorecida y acelerada con la aprobación de la Constitución de 1869, aunque con serios problemas a la hora del proceso de deslinde y amojonamiento. Las voces en pro de una segregación inmediata se acentuaron en La Línea, pero también de forma subrepticia, en la otra interesada, Gibraltar.

Los británicos necesitaban asegurarse su abastecimiento tanto de productos como de trabajadores. Por esta razón principalmente, y no por otras, se había promovido desde la Roca la segregación de San Roque, y ahora, aprovechando una situación política española más propicia para este fin, prestaron el apoyo necesario. Existían también por otro lado importantes intereses económicos, como es sin duda la masiva adquisición

de tierras por parte de la familia Larios desde 1869. Una de las familias más ricas, que, aunque afincada en Gibraltar, era de origen español.

Ahora bien, las pretensiones británicas en la segregación quedaron manifiestas a la hora de elegir un nombre para la ciudad, proponiéndose desde la sombra, a través de un considerable grupo de personas muy vinculadas con Gibraltar, el de Línea de la Victoria, pienso que en una clara alusión a la reina Victoria, pero esto no fue aceptado, oponiéndose a ello la mayor parte de la corporación local, así como el propio Gobierno. Es bastante significativo que el nombre de la monarca inglesa aparezca, en una muestra de la gran influencia británica a menudo por la zona, lo que ha sido llamado acertadamente «britanización del territorio»: *Victoria Gardens* en Gibraltar, *Villa Victoria* en El Campamento o *Parque de la Victoria* en La Línea.

Un nuevo relanzamiento económico de la ciudad fue propiciado por la construcción en Gibraltar de tres diques secos y la ampliación de las instalaciones portuarias entre finales del siglo XIX y principios del XX, que genera una fuerte demanda laboral. Como consecuencia inmediata, La Línea presencia una masiva afluencia de personas provenientes, en su mayoría, de la Serranía de Ronda (Jimera, Cortes, Benadalid, Benaoján, Benalauría...); Tarifa; Jimena; Alcalá de los Gazules; Manilva; Casares; Estepona...; y de otros lugares más alejados de la provincia de Málaga como Coín, Tolox y Yunquera, gente en busca de un futuro mejor. Llegan los Vega, Carrasco, Almansa, Sedeño, Macías, Aguilera, Guerrero, Manzano, Ruiz, Moreno, Lozano, Morales, Muñoz... En La Línea se inauguran en 1879 la Iglesia de *La Inmaculada*, siendo alcalde el médico Enrique Rovira, estando al frente de la parroquia el padre Santiago

Fernández, y en 1883 la anhelada plaza de toros, siendo alcalde Andrés González. Es una ciudad joven y próspera.

También recalán muchas personas, y así lo harán durante años, en su mayoría italianos, pero también españoles procedentes de toda la geografía peninsular, con la intención de emigrar a América. Llegan a bordo de buques que hacen escala en el puerto de Gibraltar, o para realizar trasbordo a otros buques que tienen sus salidas aquí. Un número importante de estos pasajeros decide finalmente, y por una variedad de circunstancias y motivos, o porque se ven en la imposibilidad de proseguir viaje, asentarse de forma definitiva en Gibraltar o en La Línea. Otras personas optan por esperar durante un tiempo a que la situación les resulte más favorable, o incluso algunos se ven obligados a permanecer en la zona para conseguir el dinero con el que pagar los pasajes y continuar hacia América. Los naufragios, en particular el del *Utopía*, y las inquietantes noticias que llegaban de las personas que ya había llegado a sus destinos también desanimaron a muchos y los hicieron desistir. Los Révora, Rissoto, Danino, Ferrera..., fueron algunas de estas familias que quedaron afincadas en la zona.

Otro hecho marca la vida socio-económica en estos años finales de siglo en La Línea, la instalación en 1888 de una fábrica de corcho, *Industria Corchera*, que tenía sus oficinas en Gibraltar. Era propiedad de *Larios Hermanos*, y llegó a contar con unos quinientos trabajadores, entre hombres, mujeres y niños, que participan en las diversas tareas de la empresa (empresa solo superada en cuanto a plantilla hasta tiempos muy recientes por el grupo *Ubago* bajo la gestión de Andrés Espinosa). Al frente de la fábrica se encontraba como administrador general José Garesse, mientras en las oficinas de Gibraltar, Juan Phillips. Las condiciones

laborales no eran muy buenas y provocaron las protestas de unas incipientes asociaciones obreras de la zona con ideales anarquistas, que al parecer provocaron al menos uno de los incendios sufridos en la fábrica. En este aspecto reivindicativo anarquista, La Línea fue vanguardia de toda la provincia y más tarde le pasaría factura.

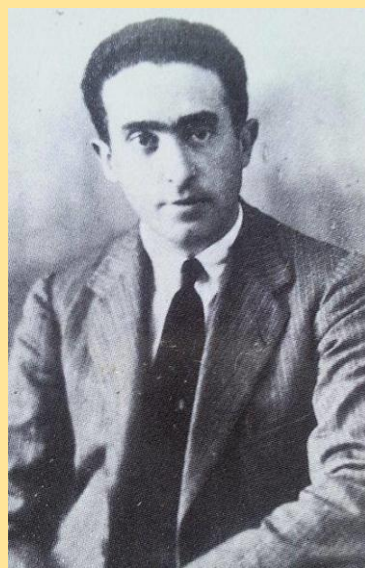
Gibraltar también tenía en 1893 mucho interés, a través de los Larios a quienes tanto le favorecía, en la construcción de un ramal ferroviario entre la estación de San Roque y La Línea como parte del trazado Algeciras-Bobadilla ejecutado por la empresa británica *The Algeciras Railway Co.Ltd.*, creada para este fin, y que transitaba por muchas de las propiedades de aquella familia. Pero no fue aprobado y conllevó en gran parte, junto a otros problemas como el de abastecimiento de carbón y la exportación de los productos fabricados a través de Gibraltar, al declive de la empresa, a pesar de las esforzadas gestiones realizadas en Madrid, para levantar las prohibiciones existentes, por Agustín Acedo del Olmo, que presidía el ayuntamiento linense.



Concentración en el cementerio San José de La Línea. «Sucesos de La Aduana» (1928)

Aun así, el siglo XX es afrontado en la Línea con optimismo puesto que la ciudad había crecido en todos los aspectos, a pesar de que en lo social existía cierta agitación que se materializará en los sucesos de la calle Teatro y Las Pedreras en 1902, y en la Aduana en 1928, y que se produzca, un siglo después de haber sido destruida la línea de contravalación, la construcción por parte británica de una verja en 1908, entre otras razones para consolidar un espacio en el istmo no cedido en Utrecht, y que de nuevo separa físicamente ambas poblaciones.

Conforme avanza el tiempo, se asiste a la proliferación de sociedades y agrupaciones de todo tipo, gremiales, masónicas o recreativas. Adquiere especial relevancia la masonería, que auspiciada desde Gibraltar alcanzará hasta la Guerra Civil un importante protagonismo en La Línea, un protagonismo que trasciende incluso a nivel nacional hasta el punto de tener lugar aquí en mayo de 1932 una Gran Asamblea Ordinaria de la Gran Logia Española, en la que tuvo un destacado papel Juan García Rodríguez (conocido como don Juanito el médico y simbólico masónico Alepo).



Juan García Rodríguez (Los Barrios, 1901-1937)

Inicialmente, sobre todo entre 1881 y 1926, en el *Odd fellows* y en la masonería linense, (Logias *Resurrección 329/3*, *Autonomía 16*, *Floridablanca 14...*), aparecía integrada la oligarquía empresarial, en su mayoría dedicada a actividades mercantiles, que estaba conformada, particularmente, por industriales y propietarios, pero a partir de la fecha señalada la masonería se popularizó, y los ingresos proliferaron entre las clases más humildes: pequeños empresarios, profesionales y obreros, y también desde esa fecha se politizó en un mayor grado.

Asimismo, se consolidan, guardando cierta similitud con lo que venía ocurriendo en Gibraltar, fuertes oligarquías familiares al frente de los centros de poder. El clientelismo político pronto hizo su aparición en la vida municipal linense. Basta observar la corporación municipal linense de 1904, tal como aparece en el diario *El Gráfico* del 17 de octubre de 1904, para confirmarlo: alcalde de La Línea: Luis Ramírez Galuzo; primer teniente de alcalde: Cayetano Ramírez Galuzo, hermano del alcalde; segundo teniente de alcalde: Feliciano González Vázquez, hermano político del alcalde; tercer teniente de alcalde: Antonio Ramírez Galuzo; sus apellidos dan idea del posible parentesco que tiene con el alcalde; quinto teniente alcalde: Luis Ramírez Maresco, primo hermano y hermano político del alcalde; síndicos: José Cruz García y Rogelio Jiménez, parientes en segundo grado del alcalde; secretario: José Ramírez Maresco, primo hermano y hermano político del alcalde; contador: Rogelio Ramírez González, sobrino carnal del alcalde. Pero esta situación del control político local por una misma familia no fue un hecho exclusivo de La Línea y aparecían numerosas ciudades en igual o parecida situación, situación que se repitió con frecuencia hasta la llegada de la Segunda República en 1931.

Durante los años que transcurren entre el final de la Primera Guerra Mundial y unos años antes del inicio de la Guerra Civil española, se puede afirmar que se asiste en La Línea a su época dorada, sobre todo en los ámbitos socio-económico y cultural. Proliferan los teatros, los casinos, las salas de baile...La llegada de la *Royal Navy*, posteriormente de la *US Navy*, provocó un gran auge económico en Gibraltar, y por ende, aunque siempre más atenuado, en La Línea. Gibraltar adquiere ahora para Reino Unido un mayor valor geo-estratégico si cabe. Continúa la afluencia de personas que deciden residir en La Línea. También se atraviesan situaciones adversas para la vida en la ciudad como las que se viven en el entorno de la Aduana, durante la dictadura de Primo de Rivera, muy vinculado con esta zona, y quien sería años después consuegro del gibraltareño Pablo Larios.

Muchas familias gibraltareñas consolidan ahora sus riquezas y otras empiezan a obtenerlas de forma rápida y con relativa facilidad. Un efecto parecido se da en La Línea, pero en muchísima menor escala. Los negocios prosperan vertiginosamente. Las oportunidades para hacer negocios crecen y el contrabando de productos también. El de tabaco aumenta exponencialmente, tanto al por mayor como al por menor. Son muchos los que se suben ahora al carro de la fortuna. Llegan emprendedores de distintos puntos geográficos al olor del dinero y se establecen tupidas organizaciones mercantiles al amparo de la laxa legislación gibraltareña. Todo es válido y todo está prácticamente permitido. El caso de Juan March, y su relación con Gibraltar, es un buen ejemplo.

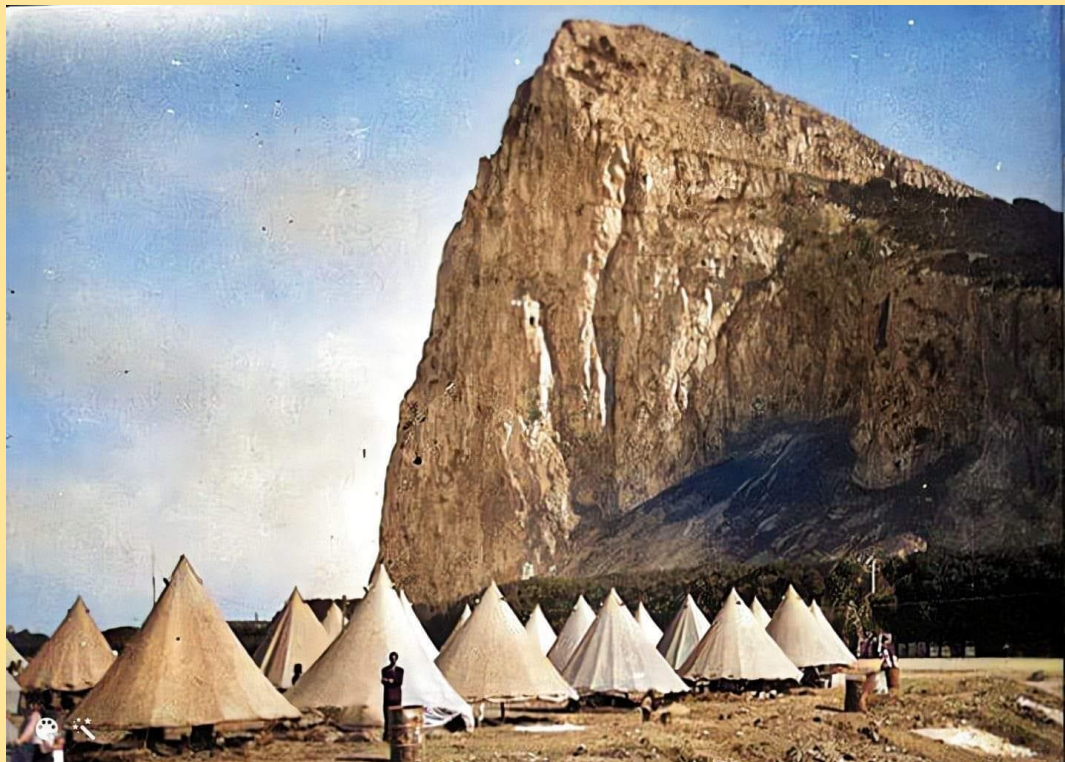
La llegada de la Segunda República había sido acogida con expectación. En los años 30 se produce una politización de la sociedad linense hasta ese momento desconocida, y proliferan las afiliaciones a

partidos políticos. Aumenta el malestar entre la clase obrera que acude a diario a la colonia, aleccionada por cenetistas y socialistas. El partido sindicalista de Ángel Pestaña es de los más activos en sus reivindicaciones en La Línea. Existe en Gibraltar el temor, cada vez más acuciante, de que ese malestar entre los trabajadores españoles se extendiese en la ciudad, en particular en las instalaciones portuarias donde los obreros gibraltareños estaban mejor organizados.

Franco, que había visitado Gibraltar en 1935, consigue el apoyo británico para su proyectado golpe. En 1936 estalla la guerra y La Línea adquiere un indeseable protagonismo, al convertirse junto a las otras poblaciones de la Bahía en la primera retaguardia franquista en la península. Gracias a Gibraltar muchos linenses pudieron salvar la vida al encontrar allí refugio. Un refugio que inicialmente fue negado tanto por las autoridades militares británicas como por las civiles, pero que por las intervenciones de determinados sectores sociales locales: sindicatos, logias masónicas, asociaciones recreativas..., o determinadas personas como Netto, Cohen, Risso... pudo llevarse a cabo. No obstante, el campamento habilitado para tal fin en *Victoria Garden* se convirtió en poco tiempo en una «ratonera» de Falange, ya que los republicanos refugiados allí fueron identificados, censados y muchos entregados en la frontera a piquetes falangistas por un cuerpo policial especial gibraltareño creado ex profeso, cuya teórica jefatura corría a cargo de Lionel Imossi, reconocido empresario gibraltareño de fuertes convicciones fascistas, y tuvieron un trágico destino.

Entre las bondades británicas con las fuerzas sublevadas, el Almirantazgo de Gibraltar confeccionó un listado con los sueldos de los trabajadores españoles en el arsenal. La intención era conocer la cantidad

de libras que los trabajadores estaban obligados a declarar y cambiar a su paso por la aduana tal como exigían las autoridades franquistas en su intención de conseguir divisas extranjeras. Los atropellos son fáciles de imaginar; el cambio era sistemáticamente ajustado por debajo de su valor real, pero no se podía rechazar. Fueron muchos los que se «beneficiaron» a uno y otro lado de la verja de estos abusos.



Campamento de refugiados españoles en Gibraltar (julio de 1936)

Los pagos de Franco a los británicos por la ayuda prestada no se hicieron esperar y podemos señalar, entre otros, la aceptación de la reconstrucción y ampliación del aeródromo o el reconocimiento tácito de unas aguas jurisdiccionales. Además de la incesante ayuda española durante la Segunda Guerra Mundial: el abastecimiento de la flota aliada en el interior de la Bahía y, de forma directa, tanto desde Algeciras como desde La Línea; concesión de todo tipo de facilidades para la operación

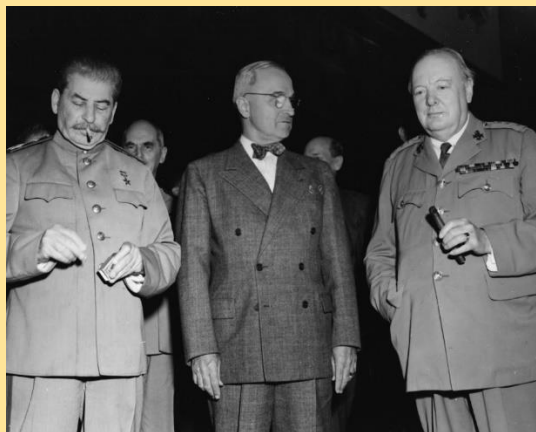
Torch; colaboración en el de control del tránsito del Estrecho desde Ceuta; intercambio de información y visitas de altos mandos españoles a Gibraltar durante la contienda mundial; permisividad de la presencia del MI6, con sus propias instalaciones, en la zona; pero sobre todo y particularmente, el consentimiento de la entrada de trabajadores españoles para que la base de Gibraltar se mantuviese operativa, aún después de haber sido evacuada la población civil gibraltareña, hasta el punto de que el *Foreign Office* mantuvo en secreto la dependencia que llegaron a tener de esa mano de obra. En todo momento los trabajadores españoles acudieron, asumiendo los peligros derivados de esa situación, con el beneplácito del general Franco, a prestar un «servicio» a una base militar teóricamente «hostil», una «ayuda» logística que confirma aún más la participación española en esta guerra, una intervención que nunca, desde el punto de vista de la historia militar, ha sido considerada y menos aún aceptada.

Los efectos de la Segunda Guerra Mundial se dejaron notar directamente en La Línea. De hecho, fue la única ciudad española bombardeada durante el conflicto, y esto se ha intentado silenciar por parte de las autoridades británicas y españolas.

La postguerra, aun contando con una particular despensa como era Gibraltar, fue dura también en La Línea. Productos de primera necesidad, aunque siempre con escasez, no llegaron a faltar en la mayoría de las mesas linenses, pero no, o no exclusivamente, por la generosidad gibraltareña, que también. Hay que recordar, porque nadie parece hacerlo, ni tan siquiera en La Línea, que muchos españoles trabajaban por un plato de comida, recibiendo a veces «propinas o regalías», o sobre todo, a cambio del conocido y anhelado «pase», para entrar y salir de la plaza, un permiso

que les permitía conseguir, con muchísimo esfuerzo, productos de primera necesidad, y matutear con ellos, situación que muchos empresarios locales, sin el menor escrúpulo, utilizaron como «moneda de cambio» para presionar y tomarse determinadas licencias, todas vejatorias, en particular con las mujeres del servicio doméstico. Esto es necesario que no sea olvidado, sobre todo por los gibraltareños.

Pero continuemos. Potsdam, donde tantas esperanzas tenía puesta el pueblo español, y para la vergüenza de todas las democracias occidentales, sirvió para consolidar, con el total apoyo de Winston Churchill, el régimen del general Franco. Reino Unido y la España de Franco mantuvieron una incómoda amistad durante bastantes años, que se vivieron en La Línea con resignación y suma obediencia, pero la situación cambió radicalmente cuando, primero, se alcanzan unos acuerdos con Estados Unidos en 1953 que acaban con el bloqueo sometido al régimen, y Franco pide ingenuamente la devolución de Gibraltar, y al mismo tiempo, cederla a los norteamericanos como una de sus bases, lo cual no fue en ningún momento contemplado por la administración de Eisenhower, y segundo, por la visita que realiza Isabel II a Gibraltar, en lo que fue conocido como *Royal Tour*, en 1954.



Stalin, Truman y Churchill en Potsdam (1945)

La visita de la reina marcó sin duda un antes y un después en las relaciones hispano-británicas. Hubo protestas, sobre todo por grupos de falangistas, y se mantuvo cerrado el paso de trabajadores a Gibraltar, para evitar altercados, con las excepciones de determinados trabajadores que eran imprescindibles en sus funciones dentro de la colonia. Pero la medida de mayor alcance fue el cierre del consulado a petición del propio cónsul, De la Mora, al general Franco.

A partir de este momento, cambió el posicionamiento político-estratégico de Franco con respecto a la colonia. La recuperación de Gibraltar pasó a ser el primer objetivo de la política exterior del Régimen y empezaron a aparecer fricciones y reproches que propiciaron un período de animadversión mutua, aunque se siguió concediendo todo tipo de facilidades a los gibraltareños para las inversiones en una incipiente actividad turística en España, en particular en la que años después sería conocida como Costa del Sol, y sirviéndose combustible, antes desde Canarias y luego (1967) desde la propia Bahía a sus gasolineras flotantes para las actividades de *bunkering*. En el caso británico una animadversión a Franco alimentada desde Londres y Gibraltar durante años con objeto de difuminar todo lo acontecido y hecho a su favor desde la colonia, para ejecutar con éxito su golpe y ganar la guerra.

Antes, a los trabajadores españoles se les había negado el derecho de asociación por ser considerados extremadamente «conflictivos», de lo cual se aprovechó un sector de empresarios locales que condicionaban bajo amenazas las vidas de sus asalariados. Una sociedad, la británica en

general y la gibraltareña en particular, que hacía bandera de un corporativismo y unas relaciones laborales excepcionales bajo el auspicio del TWGU en Gibraltar, pero que en el trato con los españoles en ningún momento se materializaron. Jornadas sin fijación de horarios, salarios más reducidos que el de los locales por las mismas tareas o funciones, sin seguro de accidente o enfermedad laboral, sin cobertura médica... El trato en los puestos de trabajo también era muy particular. Concretamente, y por ejemplo, en el arsenal existían tres tipos de servicios para ser utilizados por británicos, locales y otros. Este último tipo era el destinado para españoles y la minoría marroquí.

En 1952, en un intento de aliviar esta situación se creó el Sindicato de Trabajadores Españoles de Gibraltar, cuyo objetivo primordial era velar por los intereses de los trabajadores españoles que acudían a trabajar, pero es fácil imaginar cómo fue su funcionamiento dentro del régimen dictatorial que se vivía. Aun así, se propuso por parte de las autoridades españolas extender unos contratos de trabajo. Pero esta idea fue rechazada en Gibraltar, tanto a nivel gubernamental como sindical, bajo amenaza de sanciones tanto a los empresarios como a los asalariados. Fueron muchos los españoles que desistieron y ni siquiera lo propusieron. Pero pasados los años la situación fue mejorando algo, y todos los trabajadores quedaron afiliados (Mutualidad Laboral de Trabajadores Españoles en Gibraltar), fijándose unas bases de cotización y regulándose las categorías profesionales, y además de obtener cobertura médica, derechos de jubilación, pensión de viudedad..., también fue reduciéndose el número de trabajadores españoles que acudían a Gibraltar. Todas las medidas señaladas tuvieron su importancia cuando se produjo el cierre de la Verja, en particular en cuanto a compensaciones y actuaciones.

Tampoco parece recordarse que unidas a las lágrimas de muchos linenses por perder su sustento de vida, fluyeron lágrimas de pena porque también hubo quien lloró al abandonar la colonia, de rabia e impotencia, cuando a su paso se les arrojaba, por parte del gentío, trozos de pan duro al grito de «cógelo, que te va a hacer falta, cobarde fascista». Es inadmisibles que todavía los colectivos españoles afectados, que siempre han evitado hablar de esta cuestión sigan sin reconocerlo, pareciendo señalar que esto jamás ocurrió. De acuerdo que la responsabilidad de esos trabajadores correspondía a las autoridades españolas, en el seno de una dictadura militar, pero de ahí a idealizar las acciones británicas y las condiciones laborales de los españoles en el Peñón...

El incumplimiento de dos resoluciones dictadas por la ONU en las que se instaba a Reino Unido a poner fin a la situación colonial de Gibraltar, y la celebración de un referéndum, realizado en condiciones muy particulares, tan particulares que siempre ha existido la sospecha de que no se efectuó con todas las garantías legales necesarias y exigibles, quebró definitivamente las ya deterioradas relaciones, y condujo al general Franco a cortar, en principio, la comunicación terrestre con Gibraltar en junio de 1969. El cierre provocó inicialmente una situación dramática para ambas poblaciones, quizá aún más en Gibraltar, ya que se produjo el desabastecimiento de hospitales, medida injustificable aun proviniendo de un dictador, así como la falta de productos de primera necesidad y el realojamiento apresurado de gibraltareños que vivían en La Línea y otras poblaciones cercanas; pero en un espacio de tiempo relativamente corto se fue controlando la situación. También provocó un obligado repliegue de la colonización, o más exactamente de la «britanización», ejercida sobre el Campo de Gibraltar.

De modo paralelo, la situación en La Línea fue empeorando progresivamente y unos ocho mil trabajadores aproximadamente quedaron sin trabajo. Pero en ambas ciudades se vivió con gran pesar la tragedia de la separación de familias y amigos. La Línea perdió la mitad de su población en unos meses. El esfuerzo de las autoridades franquistas por instalar un complejo industrial fracasó. El fraude y la corrupción hicieron acto de presencia e impidieron su desarrollo. La Línea tardaría muchos años en superar los efectos sociales, y económicos, provocados por el «cierre de la verja». De hecho, muchas de sus secuelas son todavía visibles.



Verja de Gibraltar, 1975. (Imagen publicada por J. D. Ramos en RR.SS.)

El cierre condujo contra España el nacionalismo gibraltareño, surgido en oposición a Reino Unido, particularmente por la gestión de la evacuación efectuada durante la Segunda Guerra Mundial. Resistir la afrenta de Franco pasó a ser el principal *leitmotiv* de su existencia y Gibraltar superó la crisis, aunque a expensas de una mayor dependencia de Reino Unido para subsistir. Mientras Reino Unido se volcó en esta ocasión, España fue considerada la causa de todos los males de Gibraltar, despertando u originando un rechazo visceral hacia todo lo español. Rechazo alimentado en gran parte por intereses particulares de un sector de la oligarquía empresarial local. Esto permaneció en la memoria colectiva, de tal manera que aquellos gibraltareños nacidos durante esos años del cierre son los que ocupan actualmente altos cargos en la ciudad y rechazan cualquier atisbo de aproximación a España, pero no solo política, sino que también cultural. Conforman una generación educada en una cultura pro-británica y anti-española total.

Gran parte de las poblaciones del Campo de Gibraltar, y como consecuencia directa del cierre de la Verja, logró desasirse de la dependencia de Gibraltar, pero no fue el caso de La Línea, que se precipitó tanto en lo económico como en lo social al abismo del olvido.

Bien, para ir finalizando, añadiré que si durante la Segunda Guerra Mundial, Gibraltar actuó como un auténtico portaviones, a mediados de los años sesenta lo hizo como una gasolinera flotante, recibiendo el combustible de nuestras propias refinerías como antes se ha dicho, y a partir de los setenta, para seguir siendo, todavía más si cabe, un paraíso fiscal reconocido internacionalmente.

Durante catorce años (1969-1982) La Línea tuvo su particular «Muro de Berlín». Recordemos que curiosamente la Verja permaneció

cerrada más tiempo bajo la democracia que con la dictadura, y que lejos de solucionar algo, para muchos empeoró en todos los sentidos la situación. Pero hubo quien se lucró con el cierre y la posterior reapertura. Avispados empresarios gibraltareños, los más, y españoles, los menos, hicieron negocios aprovechándose de las particulares circunstancias que se daban en esta zona. Negocio de dudosa legalidad, y otros totalmente ilegales, afloraron por doquier y han venido acompañando en sus cabalgaduras a Gibraltar, casi en el anonimato, y a La Línea, de forma manifiesta y pública, ocupando las primeras páginas de la prensa y los informativos de televisión.

Reino Unido, Gibraltar; Gibraltar, Reino Unido, han aprovechado la coyuntura económico-social de La Línea a lo largo de los años para disponer de forma libre y caprichosa de mano de obra sumisa (recordemos los años de la Dictadura), acorralada por su destino y necesitada, sumamente necesitada, en unas condiciones laborales deplorables. La Línea en ese aspecto, empobrecida y dependiente, ha sido y es el «granero obrero» de Gibraltar. Una ciudad secuestrada por los intereses británicos y repudiada y desatendida por sus administraciones, y gobiernos, por «prestar servicio» a otro país, a otra corona. Una ciudad, en definitiva, bajo los designios de dos coronas, circunstancia que parece quedar reflejada en su escudo.

Pero es que además desde Gibraltar se ha impedido o entorpecido por todos los medios a su alcance un posible desarrollo de La Línea como el ocurrido en el resto de las poblaciones del arco de la Bahía. Un desarrollo que le privaría o dificultaría de poder contar con una mano de obra barata y muy condicionada por sus necesidades, alimentándose a su vez desde la Roca las voces en contra de las políticas españolas a lo largo del tiempo.

Esto ha calado con éxito en una parte importante de la población linense, muy «cegada» y encargada de extender los postulados de Reino Unido y Gibraltar por la comarca, idealizando el modelo de vida existente en la colonia y mirando con nostalgia el período vivido en La Línea con anterioridad al cierre de la Verja. Existen, a ambos lados de esta Verja, muchos intereses en que esto sea así. No hay que olvidar que la apertura de la Verja parecía una integración en la «normalidad europea» pero no lo fue. De nuevo las condiciones laborales siguieron siendo como antaño en gran medida deplorables.

Es evidente que los británicos han dado siempre por respuesta una política de hechos consumados que ha ofrecido planteamientos y posturas equivocadas y acompañadas siempre de apropiación de espacio, tanto terrestre como marítimo, consolidando unos «derechos» nunca concedidos, mediante la amenaza, el silencio y la dilación, siendo dos rasgos principales en sus actuaciones la astucia en las formas y la malevolencia en el fondo aprovechando cualquier atisbo de debilidad española para fortalecerse política y económicamente. Frente a todo esto, lo más atrevido por parte de España, para un sector importante de la opinión pública española, ha sido cambiar la denominación de la Bahía, antes de Gibraltar y ahora de Algeciras, o aquellas estridentes pasadas de aviones militares españoles en vuelos rasantes en los sesenta.

A tenor de lo expuesto hasta aquí podemos afirmar con rotundidad que resulta evidente que la Línea ha participado, a veces voluntaria, otras involuntariamente y forzada por una acuciante necesidad, al menos desde 1808, como cantón militar, al mantenimiento y conservación del asentamiento británico, y así, se quiera ver o no, hasta la actualidad. Y

esta circunstancia ha propiciado y «justificado» la escasa o nula atención que todo Estado le debe a sus ciudadanos.

Las políticas española y británica con respecto a Gibraltar a lo largo de los años han resultado ser a grandes rasgos un rotundo fracaso. Se ha pasado de periodos sujetos a un exacerbado apasionamiento a otros de total dilación y desidia, de tal manera que gran parte de la población, tanto española como británica, particularmente campogibraltareña y gibraltareña, se sigue preguntando si de verdad existe un interés real en que se les den soluciones a los problemas que diaria y sistemáticamente se padecen a ambos lados de la frontera, al margen del color de la bandera que ondee en la Roca.



Disputa sobre las «aguas del Peñón»

Reino Unido argumentó antaño para incumplir las resoluciones dictadas por la ONU la necesidad de tener en cuenta la opinión del pueblo de Gibraltar, convocando un referéndum, todo lo contrario de lo ocurrido ahora con el *Brexit*, y la consiguiente obligación por parte de la colonia de

abandonar inexorablemente la Unión Europea, en contra de su voluntad, ignorando su postura y poniendo en riesgo su futuro económico.

Después de casi tres siglos de infortunios y agravios, La Línea afronta una etapa en la que al parecer se le reconoce ya su singularidad, una singularidad que la ha acompañado desde sus orígenes y que nunca ha sido contemplada, aceptada y menos aún entendida más allá de los límites del término municipal. Vilipendiada, traicionada, y sobre todo ignorada hasta la saciedad, necesita la atención de nuestros gobernantes, quizás más que nunca, la misma atención que se tuvo con Algeciras y su puerto, con Los Barrios y su polígono industrial y con San Roque y su refinería enclavada en un complejo petroquímico; ni más ni menos, la misma atención.

Por último, es necesario señalar que a pesar de las dificultades que parecen acecharnos, es posible que en un futuro inmediato se presenten oportunidades, algunas incluso dándole la espalda laboralmente a Gibraltar, para solucionar o al menos enderezar el rumbo de esta castigada y sufrida ciudad. Hemos asistido impotentes demasiadas.

Fuentes y bibliografía

Archivos:

AHN (Archivo Histórico Nacional)

AHLL (Archivo Municipal de La Línea).

AMAE (Archivo de. Ministerio de Asuntos Exteriores).

AMSR (Archivo Municipal de San Roque).

F.O. (*Foreign Office*). Political Departments. General Correspondence from 1906-1966.

GGA (Government Gibraltar Archive).

GGL (Gibraltar Garrison Library).

PRO (National Archives of the United Kingdom. *Public Record Office*).

Hemerotecas:

ABC

Boletín Oficial del Estado

Daily Telegraph

Diario Oficial del Ministerio de la Guerra

Gibraltar Chronicle

El Debate

El Calpense

El Mundo

El País

Obras:

-Archer, E.G. (2006). *Gibraltar, Identity and Empire*. Londres-Nueva York: Routledge.

-Ballantine Perera, J. (2010). «Pablo Larios y el Royal Calpe Hunt como ejemplo de relaciones transfronterizas entre Gibraltar y España durante el siglo XIX y principios del XX». *Historia Contemporánea*, (41), págs. 345-372

-Ballesta, J.M. (1995). «La Aduana como arma política, una historia repetida». *Revista Contravalación*, (5), (La Línea).

-Benady, T. (1997). «Españoles en Gibraltar en el siglo después de Utrecht». *Almoraima*, (17), págs.183-190.

-Beneroso Santos, J. (2018). *Franco en Gibraltar, marzo de 1935. Antecedentes, desarrollo y consecuencias de una conspiración silenciada*. Tarifa: Imagenta.

-Íd. (2008). «Actividades y oficios para el recuerdo». *Alameda*, (193) (nº Especial), (San Roque).

-Íd. (2020). «La falsa neutralidad del Reino Unido en la Guerra Civil Española: los preparativos de Franco desde Gibraltar». Manchester-Leeds, Instituto Cervantes,

Disponible en:

https://www.youtube.com/watch?v=1LNMmI7ECqQ&ab_channel=InstitutoCervantesManchester

-Íd. (1995). «La relación entre los masones y los partidos políticos en La Línea durante la II República (1931-1936)». Madrid: *Departamento de Historia Contemporánea UNED*.

-Beneroso Santos, J. y López Collado, B. (2009). «La Guerra Civil Española en las páginas del *Gibraltar Chronicle*. Del 21 al 31 de julio de 1936». *Lacy*, (1), (San Roque), págs. 143-157.

-Caldelas, R. (1983). *Gibraltar en San Roque. Cuaderno de notas. Actas Capitulares, 1706-1882*. Cádiz: Caja de Ahorros de Cádiz.

-Hills, G. (1974). *El Peñón de la discordia. Historia de Gibraltar*. Madrid: Editorial San Martín.

-Morales Benítez, A. (2003). «Gibraltareses en la Masonería Española (1911-1936)». *Almoraima*, (29), págs. 457-473.

-Ojeda, E. y Sánchez Mantero, R. (Eds.). (2008). *Gibraltar y los gibraltareños: Los orígenes y la situación de un enclave estratégico en las puertas del Mediterráneo*. Sevilla: Tres Culturas.

-Pérez Paredes, A. (2003). *Documentos del archivo municipal de San Roque (1502-1704)*. Cádiz: Ayuntamiento de San Roque.

-Posac Mon, C. (1997). «La Guerra de la Independencia en las páginas del periódico *Gibraltar Chronicle* (1808-1814)». *Almoraima*, (17), págs. 295-319.

-Sánchez-Cabeza Earle, E. (1979). *La Línea de mis recuerdos*. México: Enrique Sánchez Cabeza.

-Sheriff, K. (2002). *The Rouge Ashlar. The History of English Freemasonry in Gibraltar. 1727-2002*. Gibraltar: District Grand Lodge of Gibraltar.

-Valverde, L. (2003). *Libro de Memorias*. Colección de temas sanroqueños Albalate. San Roque: Fundación Municipal de Cultura.